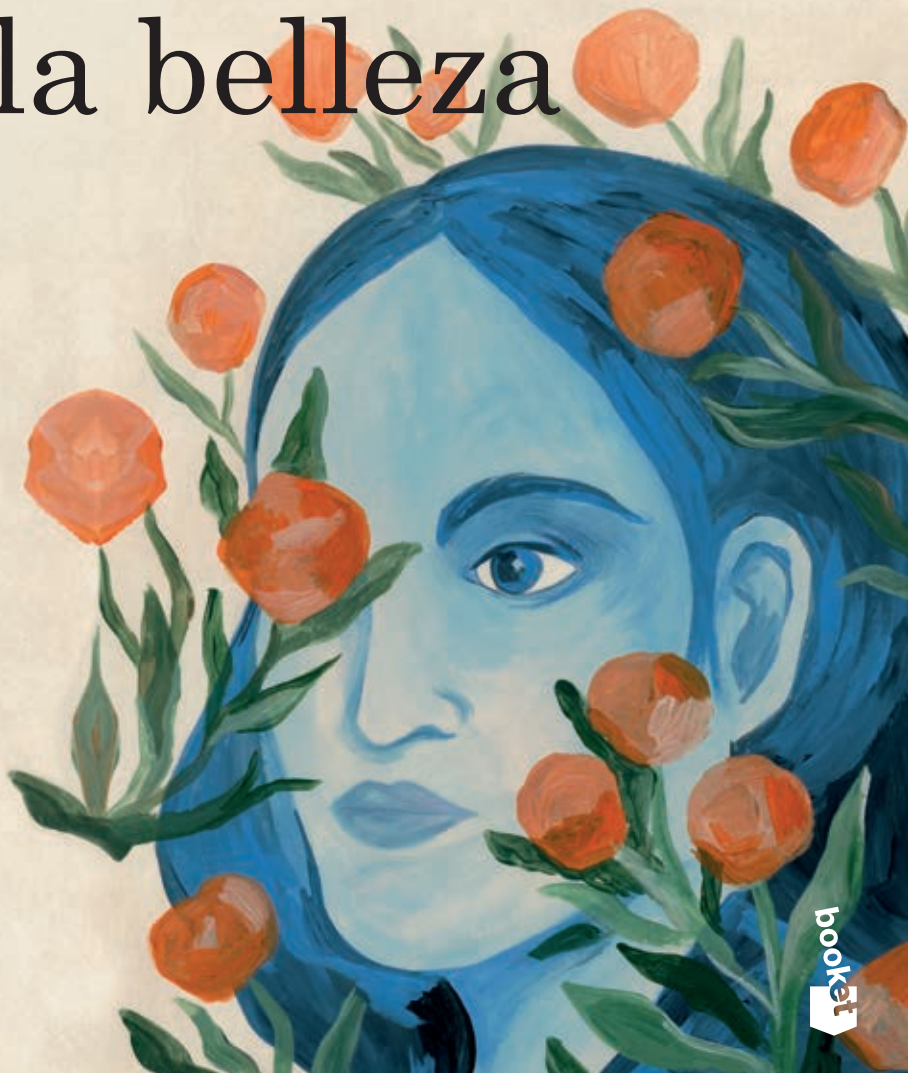


Por el autor de *Nada importa*

Jesús Terrés

Buscaba la belleza



Jesús Terrés

Buscaba la belleza



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Jesús Terrés, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© de la cita de *En el camino*, Jack Kerouac, Editorial Anagrama, 2006

© de la cita de *Watchmen*, Alan Moore, Ediciones Zinco, 1987

© de la cita de *Blade Runner*, Ridley Scott, 1982

© de la cita de *Las campanas no doblan por nadie*, Charles Bukowski, Editorial Anagrama, 2019

© de la cita de «Sin esperanza, con convencimiento», Ángel González, Jaime Salinas-Editor, 1961

© de la cita de *Call Me by Your Name*, Luca Guadagnino, 2017

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © Mayte Alvarado

Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2024

Depósito legal: B. 17.848-2024

ISBN: 978-84-233-6617-0

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

I

Aquellas horas y aquellos días se quedaron para siempre fijados en mi memoria como el cemento del nicho que cobijaba a mi padre en el cementerio áspero, rodeado de lápidas cubiertas con mármol negro y lugares comunes. ¿Por qué los nichos se llaman así y no «colmena» o «descanso»? ¿Por qué estos espacios en los cementerios tienen cinco alturas y no seis o cuatro? Esos días también aprendí que los nichos en piedra tenían fecha de caducidad, como las flores frescas o el papel de los libros. Lo aprendido se vistió de certeza diez años después por culpa de una carta del Ayuntamiento que llegó a casa de María, mi madre. Yo sentía que todavía aquella casa era mi casa porque mi habitación estaba intacta, todavía los apuntes de la universidad, en la estantería de siempre los libros que no había leído y los que sí, el pequeño sillón color crema donde siempre dejaba mi ropa. Recogí yo mismo la carta del buzón (remitente: Servicio de Cementerios y Servicios Funerarios, era un sobre americano con ventanilla, en tipografía Courier). Era un miércoles por la mañana y ella estaba en la cocina, moliendo el grano: «Mamá, ¿tú sa-

bes algo del cementerio?». Antes de abrirla terminó de preparar el café para los dos en la moka.

La abrimos juntos en el salón, en la mesa que nunca usábamos (la de invitados) bajo un lienzo de caza, un lienzo no tan diferente del de tantas familias de aquel barrio de las afueras, no tan diferentes a la nuestra. Era una reproducción de una obra del estilo de *Partida de caza* de Goya. La carta. Parecía ser que la concesión de aquel espacio del cementerio donde estaba enterrado papá llegaba a su fin y había que tomar decisiones. Mi madre decidió (¿qué más podía hacer?) renovar esa concesión por diez años más: mi padre seguiría diez años más en aquel apartamento de 0,80 metros de anchura, 0,65 metros de altura y 2,50 metros de longitud. Dentro, un féretro de madera caoba. No recuerdo dolor ni pena ni temperatura. Estábamos ya muertos, los dos. Mi padre y yo.

Entonces no pregunté cuál era la alternativa (¿se lo preguntaría mi madre?), ni siquiera pensé en ello, porque intuyo que yo ya andaba recorriendo los primeros pasos del camino que años después me llevaría a la oscuridad de una vida sin ventanas, persianas bajadas, al pantano de la tristeza, como aquel pantano ocre de *La historia interminable* donde muere Ártax, el caballo de Atreyu. Hay que luchar contra la tristeza para que no te arrastre. Aquella película la vi con mi padre siendo yo un niño, solos los dos en una sala inmensa de un cine que ya no existe; fue un día feliz y todavía hoy me pongo aquella canción («*Turn around / Look at what you see*») cuando el entusiasmo llena de luz los días raros.

No pregunté cuál era la alternativa a la renovación de la concesión del nicho, ni cómo estaba mi madre ni volví más que una o dos veces a aquel cementerio donde siempre quemaba el sol. Cuando se cuele en mis sueños el entierro siempre aparece un alacrán sobre la arena tostada de aquellas calles cubiertas de tumbas y flores, el alacrán camina lento bajo la sombra. Tampoco volví los días de Todos los Santos, cuando las familias (también la mía) rinden tributo a sus muertos llenando de flores sus lápidas. Es un ritual que poco tiene que ver con la religión y sí muchísimo con la liturgia de expresar un amor que cruza la piedra, el tiempo y el mármol. Porque recordar es querer.

—¿No vienes? —me preguntó Sara (mi hermana) el tercer año, el segundo sí que había ido.

—No, no me hace falta.

—Es una falta de respeto. Vamos porque es una manera de expresar que nos acordamos de él; ahora aquella es su casa y tenemos que cuidarla, ponerle flores bonitas, limpiar su retrato. Vente, anda.

—No, no necesito comprar un ramo de flores para los muertos para acordarme de papá.

Le mentí, le mentí desde lo más hondo sin ni siquiera intuir (esto es lo peor) que estaba mintiendo: yo también había enterrado a papá en algún rincón de mi memoria. Ya casi no pensaba en él: había elegido no mirar. Olvidé nuestros últimos años juntos del mismo modo en que otros olvidan un atardecer o una herida. Cuando murió papá entendí que no mirar atrás era la única manera de avanzar; en algún momento elegí no mirar dentro porque dolía dema-

siado mirar aquella vergüenza, aquella culpa ancha y torpe; perdí la brújula y perdí los mapas, tomé entonces la peor decisión que se puede tomar —no mirar atrás. No querer mirar.

Parece una cosa lógica: si no miras no existe. Si no miras no duele, no hay cicatriz porque no hay herida, quizá hasta lo olvides para siempre y lo borres de la memoria, como los peces y los ordenadores. Resetear el disco duro. No pude hacer lo mismo con un puñado de imágenes, engarzadas como diamantes, clavos sobre el ataúd de mi culpa: el cemento del nicho, su piel fría en el velatorio, la camilla del hospital cuando (un año antes de aquel domingo por la mañana fatal) lo habían ingresado unos días por culpa de un amago de infarto, sus lágrimas de aquel día (creo que nunca lo había visto llorar: nunca había visto llorar a mi papá), su mano sobre nuestro perro, el cajón del armario con sus cosas, su cartera de piel. Esas imágenes son una condena pero también un espejo, porque yo estoy en ellas. Desde entonces tengo la certeza de que solo existen dos tipos de personas: las que recuerdan tan solo imágenes y sensaciones y las que recuerdan conversaciones, hechos, cosas que pasaron (importantes o no), nombres y fechas. A los primeros nos define una patología que llaman sinestesia (una alteración o una bendición, depende de cómo lo quieras interpretar) y estoy convencido de que esa manera de mirar —los sentidos avasallados, encapsulados en fotogramas de instantes— se fijó definitivamente aquellos días y me convertí ya para siempre en un cazador de belleza y entusiasmos; un explorador de incandescencias, de momentos, de

imágenes tan frágiles como aquel cemento blando tras el que había dejado a mi padre.

Finalmente mi madre alargó la vida (qué paradoja) de aquel nicho diez años más, no sabría decir si aquella década pasó como una eternidad o un tajo —como las velas que se consumen demasiado pronto—. En la apnea pasa lo mismo: cada minuto es un infinito, la eternidad suspendida en el tiempo como el oxígeno que cobijas bajo el mar en los pulmones y en la sangre. Nunca volví a aquel cementerio. No: sí que volví. Volví muchos años después, volví cuando ya no quedaban lugares donde esconderme.

Yo ya había terminado la universidad y vivía entre dos lugares: la habitación que seguía intacta en casa de mi madre (siempre con la cama hecha, siempre limpia, imagino a María abriendo las ventanas cada día) y un piso de estudiantes donde siempre me hacían hueco. Fue un irme de casa atropellado, ni fuera ni dentro, por eso aquel *salir del nido* también se tradujo en un sentir que se hizo ancho aquí dentro: frialdad y vergüenza.

En la memoria, a veces, un color me lleva a una imagen y persigue a un recuerdo como un gato a una mosca. Un viaje en el tiempo a través de los sentidos, las fechas pueden bailar pero de repente estoy en algún momento del pasado —plop—, y allí sé pocas cosas, pero sí percibo exactamente qué sentía en aquel preciso instante: la textura del suelo que pisaba, el olor del armario abierto en la cocina, el tacto de la cafetera de mamá; óxido, metal y ternura. A veces, por culpa de esos viajes a través del tiempo mecido por la sinestesia, se cuele la alegría en cualquier día gris, y a veces me pasa exactamente lo contrario, que un día feliz se cubre de sombra y tristeza. Esos días, el dolor trepa como una

planta, zarcillos y astillas sobre todo lo que siento. Es que no se puede escapar de la memoria, por eso para sanar una herida hay que mostrarla, porque las heridas sanan con la sal del mar, la ternura del ahora y el roce del viento, nunca en una habitación con las persianas bajadas.

Una de esas imágenes tiene que ver con la vergüenza y vuelvo a ella por culpa de una serie de televisión. Hay un momento en *L'amica geniale*, basada en las novelas de Elena Ferrante, en la que a Lenù, una de las dos protagonistas, la acompaña su madre el primer día de clase en la secundaria en Nápoles, su primera vez fuera del barrio. Lenù es la única que logra salir del suburbio en el que crece. Ya en el mundo *civilizado*, Lenù no puede evitar sentir vergüenza de su madre y nosotros (el espectador) no podemos sino sentir una inmensa tristeza por esa madre que da todo lo que tiene (también el rencor y la desolación) pero nunca va a ser suficiente, cómo va a serlo. Me recordó a la historia de una tradición bonita en tantos pueblos de esparto pegados aún a los ritmos del terruño, pueblos sin andenes donde la cal todavía es blanca, donde todavía buscan la sombra pa ser refugio. Donde todavía, cuando nace un niño, los padres plantan un chopo como ofrenda para el día de su boda, un regalo cuyo fruto recogerán quizá dentro de treinta, cuarenta años. Ese árbol es su amor habitando la tierra. Como Lenù, sentí mucha vergüenza cuando mi padre me acompañó por primera y única vez a la que sería mi universidad, tan solo unos meses antes de morir; una universidad privada que no podían pagar, pero allí me llevaron.

Sentí una vergüenza calma, cabecita baja, mis ganas de nada, mi tristeza sin nombre. Recuerdo avanzar con él por los pasillos, recuerdo el entusiasmo en su mirada, qué feliz debió de ser aquel día. Cuántas cuentas pendientes, cuántos conflictos no resueltos debieron de brillar aquella mañana en su mundo enmarañado, qué feliz debió de ser y cómo siento el peso de una culpa que no periclita (la mía) por lo imbécil que fui aquella mañana, aquellos días, aquellos meses, aquellos años. Miles de pequeños alfileres en el estómago que llegan hasta aquí, hasta esta sombra bajo la que escribo.

Pero antes de aquella vergüenza hubo calor, complicidades, un mundo nuestro: yo tendría ocho años y cada domingo era un santuario, un Macondo pequeñito y luminoso. Paseábamos juntos desde bien entrada la mañana, aparcaba siempre su coche blanco de segunda mano en el jardín botánico y recorríamos una a una las librerías de la avenida Fernando el Católico, un paseo larguísimo, pausado, parando sin prisa en cada librería y volviendo siempre a las mismas estanterías, los dedos sobre los lomos, la curiosidad saciada ante aquellos bosques frondosos, inagotables, enjambres de palabras, cobijo de endecasílabos. Aquel año publicaron en España la novela gráfica *Batman: El regreso del Señor de la Noche* de Frank Miller, la edición de Zinco. Me prometió comprármelo a final de curso. Lo hizo. Luego pasábamos por la Plaza Redonda, sacramento de culturas: era como nuestro Mercat de Sant Antoni. Allí comprábamos cromos, revistas antiguas, primeras ediciones, libros raros. La mayoría de las veces solo

era estar. Tiempo compartido. Aquellos domingos volvíamos a casa a la hora de comer, siempre con algún cómic entre las manos.

Yo me encerraba en mi habitación, con mis tesoros, en mi mundo chico, allí estaba a salvo.

Entre semana él siempre paseaba con nuestro perro, Rocky, cada tarde una hora a través de los campos, llegando casi hasta Moncada. A veces los acompañaba. Nos sentábamos en alguna fuente. ¿De qué hablaríamos? Cuando volvíamos, a veces, él discutía con mi madre, ella siempre dejaba caer algún reproche en torno a su falta de ambición, «¿Por qué no trabajas más en vez de dar tanto paseo?, ¿pero no ves lo justos que vamos?, ¿qué hacemos todavía en esta casa?».

Mi madre quería trabajar, conquistar, construir, comprar una casa, hacer altos los techos de su infancia.

¿Qué quería él?